

# A los tiempos de bermeja

Aura Viviana Vidal Sepúlveda

La muerte es como una zorra, vivaz y pequeña.

A veces suele ir por las aceras frías de la ciudad desierta, va por la calle, va por donde quiera.

Danza increíblemente oculta en el bosque de ladrillo, imposibilitada de compañía, sueña despierta en un mundo de ensueño.

Es piel de monte, de letras, palabras y susurros, tiene aliento de antaño, a viejo a soledad.

Se posa con pelaje abundante de algunos recuerdos de mejores tiempos

Es lo que espera y se tambalea en el reloj, entre el día y zozobra, la que mantiene desde que conoció al mundo de los humanos

Se acerca a los cristales de mi habitación, me mira, me observa, no me toca, pero entra.

Sus ojos me desvisten el alma inconsciente de movimiento, la mente se nubla como espejismo indoloro, luego otra vez despierto, vuelvo a dormir en su suave y frio pelaje.

aquí me tienes en tus huellas sucias de tantos años.

Mi habitación tan vacía de sentimiento, es que sentirla es tan grato que parece Felicidad.

Cuando al fin puedo sentir mi rostro que sonrío delirante posado, postrado, mi alma se esconde debajo de la cama.

Las cortinas son el juglar de mis más anhelados destellos de descanso, y ahora tú, pequeña zorra me encadenas a las delicias de tus amparos.

Ya no sé qué es mejor, si mi vida después o antes de ti.

Escucho el eco de mi increíble soledad empapada de recuerdos, el hogaño y olor a niños, la tierra, el goce del juego, los trompos y las canicas.

Me atraganta mi madre, mi vida junto a ella, amor más puro de mi noble y sincera tristeza en el interior de mi soledad, mientras te esperaba

El pretexto de mi vida encadenada al corazón que ya no palpita, se congela, se muere...

El moblaje es tenue, acogedor, único.

de repente la luz se torna roja, como la capa más bella de una niña que busca desorientada la casa de refugio, y tu sonrías, detrás de las hojas muertas en cualquier lugar donde exista la humedad del barro fresco, el que pisa constantemente cuando corre despavorida para que no la alcances.

Mi mirar se torna rojo

Como el cielo de verano escondido en agosto, el momento de incandescente sonrisa, miro como corren al morir la tarde, parecen asustados, pero están felices, todos van y vienen como péndulo, como reloj de arena.

Mi palpar es rojo

La viga de la soberbia cuando se encendía en mi interior, explotaba de repente como fuente.

La muerte es una ramera, voluptuosa y de piel canela.

Sensible a la oscuridad o la luz de los parques, porque no hay diferencia entre lo real y lo que no existe, seduces al clero; a mi religión encima de una corona de espinas, impuntual como siempre.

El miedo me nubla durante la media noche sin pensar esta plagada de incesables pensamientos que tu conoces, sonrías y vuelves a reír y en una carcajada que revientan mi calma dominas mi interior, mi vida que termina.

La piel pura y roja...bermeja, tupida, limpia.

Por cuanto tiempo tocarte sin descanso, perderme sin tu sopor de calidez, me encuentro en una playa tranquila, lúgubre de las estampidas humanas, solo silencios cortos que se achican de inmediato en mi escuchar.

